



Las premoniciones del *Profe* Castañeda

Marina Quintero Quintero

Cuando finalizaba la década del treinta, Valledupar—ciudad colonial, capital cultural de todo el valle que se extiende a sus alrededores y hoy capital política del departamento del Cesar— estaba muy lejos de ser un centro educativo. Mientras otras regiones y poblaciones del litoral impulsaban su progreso e influían en la vida nacional, Valledupar, mediterránea, continuaba en su tranquilidad aldeana enviándole a Ciénaga, a la zona bananera y a Santa Marta, capital de Magdalena Grande, el contingente de

sus hombres y leyendas, esas que recogió magistralmente Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* y que lo hiciera merecedor en 1982 al Premio Nobel de Literatura. En efecto, el renombrado Liceo Celedón, de Santa Marta, considerado desde tiempo atrás uno de los más prestigiosos planteles educativos de la Costa Atlántica, era el más atractivo lugar de destino para los jóvenes provincianos de reconocido ancestro familiar.

Pero un hecho histórico, ligado a una circunstancia eminentemente sentimental,

cambiaría los destinos de la hidalga ciudad. En 1934 accedió a la presidencia de la república Alfonso López Pumarejo, hijo de Rosario Pumarejo Cotes, dama nacida del tallo de rancia estirpe vallenata, quien falleció cuando el destacado estadista era aún muy niño. La imagen amorosa de la madre, adornada por los encantos de la apacible villa, mantuvo en él vivo el afecto y prolongó el interés por aquel enigmático lugar de sus más arcaicos recuerdos.

En 1935, intereses personales llevaron a López Pumarejo hasta los remotos territorios de la Guajira, en el departamento de Magdalena, viaje que le permitió conocer los sinuosos caminos que conducían de Santa Marta a Fundación y de aquí a Riohacha, luego de atravesar el desierto entre densas polvaredas.

Tan pronto culminó la visita a su compadre y primo Luis Cotes Gómez en la modesta ranchería donde éste habitaba desde años atrás, el presidente López salió hacia Valledupar, pasando nuevamente por Riohacha y tomando la vía Barrancas-Fonseca-Distracción. En este poblado, dice Consuelo Araujonoguera, pernoctó en casa de la familia Vidal Daza y fue precisamente allí donde tomó nota de los requerimientos que “[...] un mes más tarde se concretaron en la orden del ejecutivo de continuar y ampliar el proyecto de carretable río Ranchería-Fonseca-Distracción-San Juan del Cesar, para el cual destinó una partida de cinco mil pesos (1998: 60)”.

Cuando llegó a Valledupar, lo esperaba una distinguida delegación, entre la cual se encontraba don Pedro Castro Monsalvo, quien un año después sería nombrado gobernador de Magdalena. Don Pedro llevó a López Pumarejo a recorrer las calles de la colonial ciudad. Visitó la iglesia y también la casona donde nació y vivió Rosario

Pumarejo, a quien su padre llamaba en tono cariñoso “mi vallenata”. Así fue como se enteró de las necesidades de una ciudad muy señorial y cargada de tradiciones, pero de espaldas al progreso y lejos de los avances que él había impreso al país, a través de lo que se llamó “La Revolución en marcha”.

López Pumarejo dimensionó y ejecutó reformas en la educación y en el sector del agro, entre otras, y de esta política salvadora derivaría provecho Valledupar, pues la carretera que la unió a Fundación y a Santa Marta, le permitió “prender vuelo” para mostrar al país la riqueza y fertilidad de sus suelos y la calidad de sus gentes.

El hijo de doña Rosario Pumarejo regresaría a Valledupar en 1944, durante su segunda presidencia, cuando ya eran realidad el puente de Salguero, que une a la ciudad con el municipio de La Paz, un hospital con toda su dotación, la Escuela de Artes y Oficios, que funcionaba desde 1940, y un colegio de bachillerato para varones.

Fue, en efecto, el respaldo gubernamental y la necesidad inaplazable de un colegio de bachillerato para sus jovencitos lo que generó, en febrero de 1942, la reunión de un distinguido grupo de ciudadanos, presididos por el profesor Joaquín Emilio Ribón, rector de la Escuela de Artes y Oficios, para tratar y dar solución a tan imperioso requerimiento. Una vez lograron los básicos acuerdos, los patricios elaboraron reglamentos provisionales, organizaron las directivas –Ribón en la rectoría– y abrieron el colegio, al que bautizaron con el nombre de la heroína vallenata María Concepción Loperena.

El 11 de marzo de 1942, el colegio Loperena inició actividades académicas y abrió su internado en la misma casona donde se

alojaban los estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios. A finales de abril aún recibía alumnos de todos los rincones de la provincia. Rafael Calixto Escalona Martínez –el maestro Escalona– fue uno de ellos. Tenía 15 años. El profesor Castañeda, siempre cercano y atento a las expresiones de sus alumnos, lo recordaría como inteligente y muy comunicativo.

Pero lo cierto fue que al maestro Escalona lo embargaba un profundo pesar en esos primeros días. Se sentía muy solo, pues sus amigos de la escuela primaria pública de don Vicente Chica, y los del colegio privado del señor Celedón, habían viajado unos a Santa Marta, otros a Barranquilla y a Ciénaga, y otros a planteles educativos, ya reconocidos, de Villanueva y San Juan del Cesar. Por fortuna para Rafael, ahí se encontró con Jaime Molina, con quien compartió desde entonces sus añoranzas e ilusiones y, algunas veces, los alborozos del fútbol y el béisbol, que practicaban bajo la vigilancia del maestro Castañeda.

A finales de 1942, Pedro Castro Monsalvo, ministro de correos y telégrafo, llevó al colegio Loperena la feliz noticia de su aprobación oficial hasta el tercer grado, alegría con la cual se clausuró el primer año de actividades académicas. Pero un día de febrero de 1943, cuando apenas se iniciaban las clases, el colegio amaneció perturbado por la triste noticia del traslado del profesor Castañeda. Por disposición de carácter nacional, debía asumir la dirección del Liceo Padilla, de Riohacha.

La inminente partida del *Profe* más querido tocó los sentimientos de aquella muchachada que, alejada del hogar paterno, había encontrado en aquel hombre carismático, de modales distinguidos y con especial tacto para el trato con los jóvenes, el talante requerido, la condición humana

que con acierto conducía y orientaba sus nacientes inclinaciones juveniles.

La historia de la música de la provincia – hoy conocida en el mundo occidental como *música vallenata*– registra este emotivo suceso como el evento que llevó al joven Escalona, en la actualidad el más insigne representante de su tradición musical, a crear su primera obra. En efecto, el duelo por la partida del querido maestro lo elaboraron los jóvenes estudiantes cantando una y otra vez el paseo titulado *El Profe Castañeda*, en el cual Escalona consignaba las ilusiones por todos compartidas, más nunca realizadas, de su pronto retorno al colegio Loperena.

Conocí algo de esta historia en los tiempos en los cuales mi identidad de joven provinciana se resentía al llegar a la fría capital, en viaje de estudios, y escuchaba en las voces de la urbe capitalina la ausencia de aquellas melodías que desde niña cantaba, en donde se enhebraban las pequeñas historias del acontecer de los días apacibles de la comarca, y fue la añoranza de esa esencia primigenia la que orientó mis afectos y mi intelecto hacia el conocimiento de sus rumbos históricos y el develamiento del trasfondo humano que está en su origen.

Un rastreo revelador

En el año 2001 fui invitada por el señor secretario de educación del municipio de Ciénaga, doctor Carlos Payares, a participar como ponente en el III Foro sobre Música Popular de Magdalena Grande, evento que desde 1999 se realiza en el marco del Encuentro de Intérpretes y Compositores de Música con Guitarra “Guillermo Buitrago”, entre el 19 y 22 de abril. En esa oportunidad, las disertaciones giraron en torno al tema: “Importancia de la música

cienaguera en el contexto regional y nacional”. Agradecí nuevamente la deferencia, la confianza y la oportunidad que me brindaba el doctor Payares para penetrar en tan rico universo de expresiones musicales, pues estaba convencida de que el tránsito por su historia pondría ante mis ojos revelaciones de altísimo valor para las inquietudes que han orientado, desde años atrás, mi incursión en la cultura de Magdalena Grande, particularmente en su música.

En efecto, el primer rastreo de documentos me puso en contacto con la crucial figura del compositor e intérprete Eulalio Meléndez (1846-1916); y digo crucial, porque su talante musical marcó un hito en la historia musical de Ciénaga, y sus influencias hoy se dejan escuchar en los productos de los jóvenes compositores de la región. El maestro Meléndez no sólo inspiró la tradicional melodía de *El caimán*, sino también cantos legendarios como *La piña madura* y *Chencha quiere a Sebastián*, cuyos estribillos han cantado por lo menos cuatro generaciones de colombianos y cuyas melodías han servido a los acordeoneros noveles de la Provincia de Padilla, para marcar en el acordeón sus primeros compases coherentes (“mochitos”, como en el lenguaje popular se les llama).

De *La piña madura* conocí la circunstancia anecdótica de su nacimiento de la pluma del historiador cienaguero Guillermo Henríquez Torres, quien para dar testimonio del genio de los músicos de la banda “Armonía cienaga”, rescata el instante fecundo en que nace la copla y la pegajosa melodía. Cuenta don Guillermo que, por allá en uno de los primeros años del siglo XX, en casa de don José Francisco Robles se realizó un baile amenizado por la orquesta que dirigía el maestro Eulalio Meléndez. En un intervalo de la fiesta, el



Rafael Escalona a los 19 años

señor Godofredo Armenta se percató de que la mayoría de los invitados admiraban la exuberancia de una piña que había sido colocada en el “seibo” (mueble del comedor) en lugar de apreciar y degustar la belleza de sus mujeres. Entonces, con oportuna picardía grita:

La piña madura
súbete a cogerla muchachas bonitas son las
cienagueras.

Inmediatamente, el maestro Meléndez le puso melodía a la ingeniosa copla en ritmo de “rúmbale” y a continuación fueron musicalizándose otros versos que la inteligencia de los participantes iba produciendo. Este singular suceso me confirmó que en el trasfondo de la inspiración existe, sin duda, una disposición afectiva, una condición emocional que si bien es privativa de cada cual, ella se liga a significados idiosincrásicos que marcan la forma de su expresión.

En ese rastreo revelador me encontré, también, al maestro Andrés Paz Barros, consagrado músico y compositor, cuyo deceso se produjo en su tierra natal el 24 de abril de 1977. De su autoría son las famosas obras *El cafetal* y *Dame tu mujer, José*. Pero la más notable entre todas sus composiciones es *La cumbia cienaguera*, obra que ha trascendido las fronteras patrias, convirtiéndose en ícono de identidad nacional.

Siguiendo el relato del historiador Edgar Caballero Elías, me enteré del singular origen de la magnífica pieza, origen que da cuenta de las vicisitudes que ha debido enfrentar el músico y compositor colombiano cuando ha tenido que adecuarse a las exigencias de la dinámica comercial. Cuenta don Edgar que el maestro Paz Barros compuso la melodía en 1937, cuando dirigía la orquesta “Armonía ciénaga” y Humberto Díaz Granados, integrante de la orquesta, creó para ella unos jocosos versos y le dio por título a la pieza: *La cama berrochona*:

Dormí, dormí, dormí ¡ay! en tu cama
berrochona,
anoche dormí con Juana y la otra noche con
La Mona.

Con estos versos, la sensual melodía fue disfrutada por años en los tradicionales salones de baile de la comarca cienaguera. Pero en 1949, un acontecimiento le cambiaría a la pieza su destino: el acordeonero Luis Enrique Martínez, oriundo de Fonseca, Guajira, de excepcionales virtudes interpretativas, decidió visitar al maestro Paz Barros con el fin de aprender el arte de leer el pentagrama. Tenía 27 años y ya se le conocía con el remoquete de *El pollo*. En una de sus tantas visitas escuchó *La cama berrochona* y fascinado con su despliegue melódico la llevó al acordeón, con tal destreza que Toño Fuentes se interesó en ella para efectos de grabación. Sin embargo, su “olfato” de empresario consideró no adecuada la letra de la canción para tal fin. En esta encrucijada interviene Esteban Montano, compositor de tradición, y crea, en un acto redentor, los bellos versos que hoy son conocidos universalmente bajo el título de *La cumbia cienaguera*.

Muchachos, bailen la cumbia, porque la cumbia emociona, la cumbia cienaguera que se baila suavesona.

El pollo grabó la canción en 1951, convirtiéndose en su primer éxito comercial; con la particularidad de que sale rotulada a su nombre, lo cual, como era de esperarse, generó la polémica: ¿de quién es *La cumbia cienaguera*? ¿Es de Paz Barros? ¿Es de Luis Enrique Martínez? ¿Es de Esteban Montano? Las demandas, dice don Edgar Caballero Elías, no se hicieron esperar; fueron legítimamente interpuestas por los susodichos, reclamando la participación en su autoría. Las regalías fueron entonces congeladas hasta 1963, cuando se oficializó la autoría compartida, en el Juzgado Segundo Municipal de Ciénaga, así: autor de la melodía, Andrés Paz Barros; autor de la letra, Esteban Montano; arreglista e

intérprete, Luis Enrique Martínez. De esta manera, la triple paternidad de *La cumbia cienaguera* no sólo descongeló las regalías, sino que le dio a la canción un fundamento histórico-musical de gran solidez y difícilmente repetible en otra obra.

Cuando terminó mi intervención en el Foro, ya había localizado en el auditorio

importantes

escritores de la tradición cultural cienaguera, pues con sus aplausos y espontáneas alusiones a mi discurso me hicieron saber que compartían mis puntos de vista. En efecto, don Edgar Caballero Elías, realizador de la más completa biografía de Guillermo Buitrago, y don Ismael Correa Díazgranados, autor del libro *Música y bailes populares de Ciénaga*, me rodearon con su aprecio y me presentaron, entre otros personajes, al único hijo de Buitrago y a su cuñado Toño Miranda, el protagonista de aquel paseo que todos, alguna vez, hemos cantado y que lleva por título: *Toño Miranda en el Valle*. La conversación en torno a nombres destacados de la región llevó a mis contertulios a hacer mención de don Heriberto Castañeda, más conocido como el *Profe* Castañeda, maestro consagrado, a quien Rafael Escalona, en 1943, le hiciera una canción, la primera en la lista de sus exquisitas composiciones musicales. De inmediato intuí que se abría para mí una estupenda oportunidad de adentrarme en



a Plaza Alfonso López, Festival Vallenato

la intimidad de una historia que, por haber sido muchas veces contada, no necesariamente estaba agotada.

Una historia para contar

Una tras otra, mis preguntas alusivas al *Profe* fueron conduciendo el hilo de la conversación, hasta que finalmente acordamos hacerle una visita. Al día siguiente, con visible entusiasmo, sus dos viejos amigos me condujeron hasta la antigua casona. Al llegar a la puerta, uno de ellos me tomó del brazo y con la confianza que deparan muchos años de amistad sincera, me invitó a cruzar el umbral.

Sólo unos pasos y quedamos en medio de una espaciosa estancia. Un “seibo” de madera taponada en un extremo y un sofá y unas cuantas sillas en torno a una pequeña mesa en el centro del salón, aumentaban sus dimensiones. Esperamos unos minutos y por la puerta que conduce a

un corredor, también muy amplio, apareció cargando todo el peso de sus 90 años. Fuimos a su encuentro y él, con gesto afable, nos invitó a tomar asiento.

Muy pronto la conversación giró en torno a Rafael Escalona. El *Profe* comentó que hacía poco más de cuatro años, en un evento público, tuvo la oportunidad de saludarlo y conversar con él algunos minutos, y añadió que le gustaría poder hacerlo nuevamente. Vinieron luego otros comentarios acerca de canciones, festivales y comunes amigos, que sirvieron de preámbulo al encuentro con sus recuerdos:

—Yo llegué por primera vez a esa tierra privilegiada llamada hoy departamento del Cesar, por allá en el año 1942. Iba como profesor fundador del Colegio Loperena de Valledupar...

Se detiene y con una sonrisa apenas esbozada dice:

—Pero resulta que yo no encontré la sede del colegio. El colegio estaba en el aire, sí señor, en el aire como la famosa casa de la canción que Rafael Escalona compondría unos años después.

Todos festejamos la ocurrencia del *Profe* y lo animamos a seguir:

—Así fue, no encontré la casa para el colegio Loperena; encontré, sí, una edificación donde funcionaba la Escuela de Artes y Oficios, dirigida por el profesor momposino Emilio Ribón. Por esta razón y circunstancia, el colegio de bachillerato debió, en sus inicios, compartir la sede.

El *Profe* se refresca, sacudiendo repetidas veces el cuello de su camisa y con gesto parsimonioso aclara:

—En esta región se vivía por la época un ambiente rural. Valledupar es mediterránea, allá se llegaba por una carretera larga sin pavimento; para mí, el viaje de ida y regreso era toda una odisea, porque tenía que hacer escala en Fundación, pernoctar allí y luego tomar otra carretera en forma de U que bajaba por todo el antiguo departamento de Magdalena y subía en busca de Riohacha. Recorriendo esa carretera por vez primera, me fui impregnando de sabanas y al entrar a Valledupar encontré muchas diferencias con las ciudades del litoral y los pueblos de la zona bananera. Esta era una población colonial y sus cantos primitivos, desde el primer momento, llamaron mi atención.

El *Profe* se detiene y todos aprovechamos para saborear el jugo de fruta natural que gentilmente nos ofreció una de sus hijas.

—Yo entré al Loperena a prestar mis servicios como profesor nombrado por el Ministerio de Educación, pues ya tenía una trayectoria en el campo educativo.

Y en tono casi solemne nos pone en conocimiento:

—Me gradué en el colegio de cuarto año de bachillerato y en Bogotá hice los estudios de pedagogía con especialización en ciencias sociales.

Esta aclaración nos generó preguntas y comentarios acerca de los notables progresos en materia educativa que el país ya alcanzaba por la época. Incluso, nos referimos al impulso que para su desarrollo social trajo a Valledupar el colegio de

bachillerato y esta alusión llevó al *Profe* a retomar el hilo de sus recuerdos.

—En Valledupar conocí a Rafael Escalona siendo un adolescente, y a toda su familia. Lo que más me impresionó de esos muchachos del Loperena fue la alegría por tener su colegio de bachillerato y las ganas inmensas de aprender. Eran puntuales y correctísimos. También noté de entrada las diferencias culturales entre las colonias. Unos venían de Ocaña, otros de la Guajira, otros del Litoral y muchos de los pueblos de La Provincia. Sus orígenes marcaban sus diferentes inclinaciones. Entre ellos, Rafael era un estudiante correcto.

Se detiene un momento y mientras se acomoda en el sofá, el *Profe* nos comparte lo más sensible de sus recuerdos:

—Yo ya estaba casado y tenía la nostalgia del hogar ausente, mis hijos y mi esposa querida. Esa separación fue para mí impactante. Por eso acudí a la confianza y al cariño de la familia Escalona, con quien tenía ya relación de conocimiento, porque don Clemente tenía un hijo aquí en Ciénaga, Julio Escalona, quien era operador de la sala de cine. Doña Margarita me pedía, a veces, la camisa porque los botones los tenía sueltos. Me encariñé con la familia y ellos conmigo.

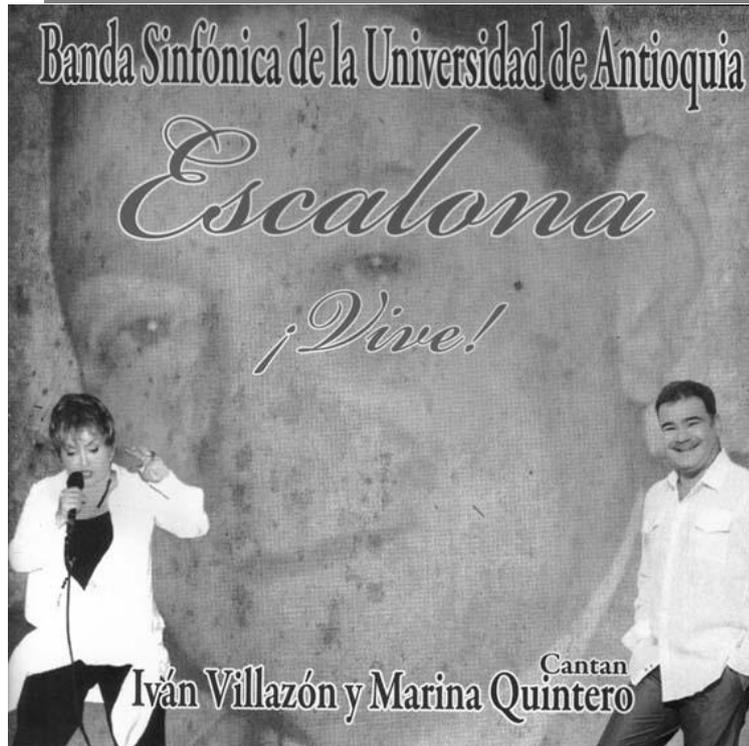
El *Profe* se detiene nuevamente y un suspiro profundo se anticipa a sus palabras:

—Yo noté en Rafael algo distinto. Recuerdo que después de hacer el aseo del aula, él tomaba su pupitre, lo ubicaba frente a mi escritorio y se ponía a tararear; silbaba y tarareaba espontáneamente una música que parecía salirse del alma. Nunca lo vi interpretando un instrumento musical. Creo que no lo toca ahora. El sólo tarareaba.

Se toma un tiempo para apurar lo que queda del jugo de fruta y continúa:

—Rafael tenía un compañero —ya murió—, Jaime Molina; recuerdo su voz profunda. Él era lo contrario, no buscaba la cara a cara con el profesor, sino que se arrinconaba en los ángulos del aula. Era un dibujante. Molina hacía el dibujo con una risita saboteadora y el “bodoque” pasaba por todos los puestos hasta que llegaba a mi escritorio mientras que yo escribía en el tablero. Como ve usted, ellos hacían también sus pilatunas: el uno tarareaba y el otro dibujaba. Un día llamé a Molina y discretamente me lo llevé al cerezo.

Se detiene para aclararnos que éste es una especie silvestre y al margen agrega:



— Con Rafael fue de otra manera. Detrás de la Escuela de Artes y Oficios, don Clemente Escalona tenía una pequeña hacienda; ahí tenía plantíos de café, de pancoger... Frecuentemente se acercaba a la escuela y me preguntaba por Rafael y por Nelson, su hermano mayor. Un día me resolvió y le dije: “Yo he notado en Rafael una inclinación distinta. A él le nace la música. Aprovecha ahora que está mi pariente Roberto Castañeda de gobernador de Magdalena y le pides te gestione una beca para que Rafael curse estudios en el Conservatorio de Música”.

— Creo que en Valledupar existe un barrio llamado El Cerezo. El cerezo — continúa diciendo—, hacía parte de un jardín cercano a las aulas, ahí lo increpé: “Dime, ¿tu por qué eres tan majadero? ¿No te cansas de hacer *matachos* para sabotearme la clase?”. Y él me escuchaba compungido. Le dije entonces: “Mira, dedícate al dibujo comercial, hoy día existen empresas industriales en la costa. En Barranquilla existe una empresa de medicina llamada O. K. Gómez Plata; está también la Compañía Colombiana de Tabaco. Haz dibujos de esas empresas y puede que logres con ellas un trabajo”. El muchacho me escuchaba atentamente. Mire usted adonde llegó Molina. Le dejó un patrimonio cultural a la región, ¡un gran aporte! Yo considero ahora que aquello fue una premonición acerca de su destino.

Con respeto profundo todos asentimos, gesto que el *Profe* captó complacido y con mayor entusiasmo continuó:

Se detiene nuevamente, recorre nuestras miradas y con voz muy pausada dice:

— ¡Esa fue otra premonición!

Nosotros guardamos silencio, y él continuó:

— Rafael no fue al conservatorio, pero su música nació ahí mismo, espontánea y sencilla. Su música fácilmente fue conquistando otros lugares y otras gentes. Rafael puso a cantar a todos. El hacía las letras y las melodías, y los demás, acompañados de instrumentos improvisados, las cantaban. Hoy, después de tanto tiempo, casi 60 años, los colombianos no han dejado de cantar su música.

Cuando en aquel día de finales de 1942 el *Profe* Castañeda hizo a don Clemente Escalona la sugerencia premonitoria, *Rafa* aún no había creado su primera canción. La inspiración que lo pondría en el sendero de los bendecidos por las musas llegó a él una mañana de febrero de 1943, cuando la triste

noticia de la partida del *Profe* Castañeda turbó la calma del Loperena. En efecto, el “Maestro por antonomasia”, como lo llamó “La Cacica” Consuelo Araujonoguera, fue transferido del Loperena.

—Fue un ascenso —dijo el *Profe*—. Me nombraron rector fundador del Liceo Padilla de Riohacha. Fue un traslado de carácter nacional.

El paseo que *Rafa* le compuso al *Profe* Castañeda lo silbó a sus compañeros de internado, una noche, bajo el amparo del cerezo, el mismo que fuera testigo mudo de aquel encuentro premonitorio con el pintor Molina. El improvisado conjunto musical del Loperena se llevó, aquella noche, el honor de ser el intérprete de la primera composición musical del llamado hoy “Maestro de la composición vallenata”:

Cuando sopla el viento frío de La Nevada que en horas de estudio llega al Loperena, ese frío conmueve toda el alma, lo mismo que la ausencia del *Profe* Castañeda.[...]

Cómo recordamos al *Profe* Castañeda,
si de aquí ninguno quiere que se vaya.
¡Qué triste quedó el Loperena!
¡Qué tristes quedaron sus aulas!

Con profundo sentimiento le decimos
el pesar en que se encuentra el Loperena;
él nos dijo adiós, porque se ha ido,
y le dijimos adiós, pero que vuelva[...].

El *Profe* Castañeda falleció rodeado del amor de los suyos en uno de los meses postreros del 2004. La vida no le alcanzó para entrevistarse nuevamente con Rafael Escalona, ni para enterarse de los alcances de su premonición: el genio musical de

aquel muchacho inquieto del colegio Loperena hizo de él merecedor del título de Rey Vitalicio de la Canción Vallenata, 63 años después.

Bibliografía

ARAUJONOGUERA, Consuelo, *Rafael Escalona, el hombre y el mito*, Bogotá, Planeta, 1998.

CABALLERO ELIAS, Edgar, *Guillermo Buitrago, cantor del pueblo para todos los tiempos*, Medellín, Discos Fuentes Ltda, 1999.

CORREA DÍAZ-GRANADOS, Ismael A., *Anotaciones para una historia de Ciénaga (Magdalena)*, Medellín, Lealón, 1996.

—, *Música y bailes populares de Ciénaga Magdalena*, Medellín, Lealón, 1993.

HENRÍQUEZ TORRES, Guillermo, “Música del Magdalena Grande en el siglo XIX. Eulalio Meléndez”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, vol. 37, núm. 53, 2000.

LÓPEZ MICHELSEN, Alfonso, *Visiones del siglo XX Colombiano a través de sus protagonistas ya muertos*, Bogotá, Villegas Editores, 2003.

MARTÍNEZ ZULETA, Aníbal, *Escolios y croniquillas de un país vallenato*, s. c, Tefa Comercializadora, 1999.

QUINTERO QUINTERO, Marina, “Las premoniciones del *profe* Castañeda”, en: *Festival de la Leyenda Vallenata XXXVIII*, Valledupar, abril de 2005.

Marina Quintero Quintero es Magíster en Educación, Profesora Titular de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia y estudiosa de la cultura musical del Magdalena Grande y de las Sabanas de Bolívar, Córdoba y Sucre. Es directora y realizadora del programa radial “Una voz y un acordeón” que emite la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia desde 1983. Este texto fue publicado inicialmente en la *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. XVIII, núm. 44, (enero-abril), 2006, pp. 107-116.